



FRANK KAFKA, EL ESCRITOR ATORMENTADO

Kafka es uno de los escritores más leídos y admirados de la literatura universal. Sin embargo, él se veía a sí mismo como el **monstruo**, como la **cucaracha** de la que habla en su obra más famosa, **La metamorfosis**. El filósofo **José Antonio Marina**, en su libro **La inteligencia fracasada** (Barcelona, Anagrama, 2009), dedica varias páginas al escritor checo al que considera un caso próximo a la **patología del fracaso**.

"Pensemos en Franz Kafka. Se consideró siempre un fracasado, y no por su falta de éxito literario, sino por su dificultad para vivir. Unas veces habla del fracaso como si fuera «su destino fatal» y otras como si se tratara de «una acción intencionada». «Lo que yo quería era seguir existiendo sin ser molestado.» Fue víctima de una patética vulnerabilidad, que le hizo escribir: «En el bastón de Balzac se lee esta inscripción: "Rompo todos los obstáculos". En el mío: "Todos los obstáculos me rompen."» ¿De dónde provino esa fragilidad? ¿Hubiera podido evitarla? ¿Hubiera debido evitarla? Una pregunta más insidiosa: ¿Hubiéramos querido que la evitara?"

"Volvamos al caso de Kafka. Las cartas que escribe a Felice cuentan su modo ideal de vida. «Encontrarme con mis objetos de escritorio y una lámpara en lo más recóndito de un sótano cerrado herméticamente. La comida me la traerían, pero dejándola siempre lo más alejada posible de mi cuarto, tras la puerta más externa del sótano. El camino en busca de la comida, siempre en albornoz y a través de todas las galerías subterráneas, sería mi único paseo.» A mí no me parece un modo sensato de vida, pero su caso era sin duda diferente del mío. El 22 de enero de 1922 anota en su diario: «Con objeto de salvarme de eso que llaman nervios, he empezado, desde hace algún tiempo, a escribir un poco.» Puesto que tenía que vivir en un refugio, asubio, la literatura era, sin duda, su refugio más sensato. Pero amplíemos el campo. ¿De dónde venía esa irrestañable necesidad de ocultarse? Se lo cuenta a Milena en el estremecedor apólogo de la alimaña del bosque:

Es más o menos así: yo, alimaña del bosque, antaño, ya casi no estaba más que en el bosque. Yacía en algún sitio, en una cueva repugnante; repugnante sólo a causa de mi presencia, naturalmente. Entonces te vi, fuera, al aire libre: la cosa más admirable que jamás había contemplado. Lo olvidé todo, me olvidé a mí mismo por completo, me levanté, me aproximé. Estaba ciertamente angustiado en esta nueva, pero todavía familiar, libertad. No obstante, me aproximé más, me llegué hasta ti: ¡eras tan buena! Me acurrugué a tus pies, como si tuviera necesidad de hacerlo, puse mi rostro en tu mano. Me sentía tan dichoso, tan ufano, tan libre, tan poderoso, tan en mi casa, siempre así, tan en casa...; pero, en el fondo, seguía siendo una pobre alimaña, seguía perteneciendo al bosque, no vivía al aire libre más que por tu gracia, leía, sin saberlo, mi destino en tus ojos. Esto no podía durar. Tú tenías que notar en mí, incluso cuando me acariciabas con tu dulce mano, extrañezas que indicaban el bosque, mi origen y mi ambiente real. No me quedaba más remedio que volver a la oscuridad, no podía soportar el sol, andaba extraviado, realmente, como una alimaña que ha perdido el camino. Comencé a correr como podía, y siempre me acompañaba este pensamiento: «¡Si pudiera llevármela conmigo!», y este otro: «¿Hay acaso tinieblas donde está ella?» ¿Me preguntas cómo vivo? ¡Así es como vivo!

En la terrible *Carta al padre*, Kafka da algunas claves de su situación: «Yo estaba perpetuamente sumergido en la vergüenza, porque o bien obedecía tus órdenes, y esto era vergonzoso, ya que eran arbitrarias; o bien te desafiaba, y también esto era



vergonzoso, pues ¿qué derecho tenía yo a desafiarte? O bien me era imposible obedecer, porque no tenía ni tu fuerza, ni tu apetito, ni tu habilidad, y ésta era, en realidad, la peor de las vergüenzas. Así es como se movían no las reflexiones, sino los sentimientos del niño.» Al final de la carta, Kafka concede la palabra a su padre, que hace un diagnóstico violento de la situación de su hijo: «Incapaz de vivir, eso es lo que eres.» Kafka fue, posiblemente, una inteligencia dañada.

Poco después de publicar *El laberinto sentimental*, donde mencionaba el apólogo de la alimaña, recibí una patética carta que demostraba hasta qué punto el talento de Kafka no estaba en describir su caso particular, sino en expresar emociones universales. Su autor me contaba, en un estilo deslavazado y dramático, que sentir lo mismo que la alimaña kafkiana le había impedido ser feliz. Amaba a una mujer que le quería, pero, confesaba, «no pude soportar la vergüenza de estar desnudo ante ella y huí». No sé cuál sería su problema -supuse que tendría que ver con su pene- pero me entristeció la historia, de la misma manera que me entristece la de Kafka. Tiene razón Stuart Sutherland cuando en su libro *Irracionalidad. El enemigo interior*, afirma: «La vergüenza subyace a buena parte de la irracionalidad humana.» Funciona como un módulo potente e invulnerable que se convierte en un insalvable obstáculo para la felicidad. Por eso, cuando desborda sus límites y dirige la vida entera de una persona, puede considerarse un fracaso de la inteligencia." (pp. 29-31).

"El 14 de enero de 1913, Kafka escribe a Felice:

En cierta ocasión me dijiste que te gustaría estar sentada a mi lado mientras yo escribía. Pero imagínate, entonces no podría escribir, me resultaría del todo imposible hacerlo. Toda soledad al escribir es poca, todo silencio al escribir es poco, incluso la noche es demasiado poca noche. Y así, todo tiempo del que se dispone es poco; pues los senderos son largos y uno se pierde con facilidad; en ocasiones uno incluso llega a tener miedo, y sin obligación ni atracción siente ganas de regresar corriendo (unas ganas que más tarde siempre se castigan duramente). ¡Qué ocurriría entonces si de improviso uno recibiera un beso de la más querida boca!

Kafka cree que su vocación de escritor es incompatible con una vida amorosa, que, por otra parte, anhela.

Impulsados por nuestros deseos y necesidades, tenemos que organizar planes de vida, y de esta operación dependen en gran medida nuestros éxitos o fracasos vitales. Es preciso seleccionar entre planes contradictorios (la contradicción que veía Kafka entre escribir y convivir con otra persona), organizar planes simultáneos (compatibilizar la vida laboral y familiar, por ejemplo), o realizar planes compartidos (un amor, un trabajo, una acción política).

Nos enfrentamos continuamente con tres problemas: No sé qué hacer. Sé lo que quiero hacer, pero no sé cómo. Sé cómo, pero no me atrevo. Todos tenemos un proyecto inevitable e inevitablemente vago: queremos ser felices. Lo que no sabemos es mediante qué proyectos podemos concretar esa aspiración difusa. La elección de metas es una de las más delicadas operaciones de la inteligencia. Últimamente los psicólogos evolutivos han estudiado minuciosamente el modo en que los adolescentes eligen su carrera. Ginzberg ha elaborado una teoría: niños y adolescentes atraviesan tres etapas de selección: la etapa de



la fantasía, la etapa de los ensayos, la etapa realista. Esta última señala la madurez, pero ¿cómo alcanzarla?

Muchos fracasos llegan porque las metas que emprendemos son imposibles en sí o imposibles para nosotros. No se puede ser omnipotente, ni hacer una tortilla sin romper los huevos. Sartre creía que era imposible mantener las manos limpias ante la injusticia. Camus contó en *La peste* la historia de un escritor que fracasó porque quería conseguir la frase perfecta. Al morir se encontró un baúl lleno de variaciones. La frase, mil veces escrita y mil veces rechazada, decía en una de sus versiones: «En una hermosa mañana del mes de mayo, una elegante amazona recorría en una soberbia jaca alazana las avenidas floridas del bosque de Bolonia.» El insatisfecho autor explica así lo que piensa de la frase: «Esto no es más que una aproximación. Cuando mi frase tenga el movimiento mismo de este paseo al trote, un, dos, tres, un, dos, tres, entonces el resto será más fácil y sobre todo la ilusión será tal desde el principio que hará posible que digan: Hay que quitarse el sombrero.»

Binswanger nos cuenta el caso de una mujer atormentada por la persecución sin tregua de metas inalcanzables. De pequeña se pasaba horas llorando cuando no podía superar a todas sus compañeras en lo que estuviera haciendo, pero ni siquiera sus éxitos representaban para ella ninguna satisfacción, puesto que sus miras estaban en conseguir unos logros tan magníficos que aseguraran su fama a perpetuidad. Viviendo bajo el lema «O César o nada», consideraba sus éxitos fracasos deprimentes. No sólo era cruel con ella misma, sino que constantemente juzgaba con dureza a todos los demás, aplicándoles esos mismos criterios extraordinarios. Cuando su paralizante desesperación empezó a destruir su eficacia, se vio profundamente asaltada por un sentido de inutilidad y de falta de valor. Sólo la muerte podía aliviarla de su tormento, y la buscó con repetidos intentos de suicidio.

A veces, una meta posible en sí resulta imposible para una persona. En *El motín del Caine*, Humphrey Bogart representó el fracaso de un hombre que quiere mandar pero no sabe hacerlo. Después de muchos años de trabajo burocrático, le nombran comandante de un barco de guerra. Se cumple así su gran anhelo, mandar, pero el cargo da el poder, no la perspicacia. Incapaz de distinguir lo trivial y lo importante, de comprender las motivaciones humanas, se enreda dando órdenes desatinadas, ignora cuándo ser rígido y cuándo ser flexible, y acaba provocando un motín por su obsesión en descubrir quién se ha comido un tarro de fresas sustraído de la bodega del barco. Calibrar de lo que somos o no somos capaces es tarea delicada." (pp. 119-121).